



## Actividad 9

### Consideraciones previas

Para Primer Ciclo o siempre que se considere necesario, se puede hacer esta actividad antes de la lectura de "El tesoro perdido del Titicaca".

Para ello se necesitan juegos de Jenga, o algo similar, en el que se cambiarán las reglas, ya que, a diferencia de este, de lo que se trata es de extraer el máximo número de fichas, sin volverlas a colocar. Gana el grupo que más fichas extraiga sin que se le derrumbe la torre.

Hay que dividir la clase en grupos de cinco o seis personas, de las que una actúa como observador/a, para velar porque no se hagan trampas, y para anotar la estrategia de actuación del grupo.

Antes de empezar, mientras los del grupo preparan su estrategia y montan la torre, hay que comentar aparte a los/as observadores/as, cuál será su papel:

- Deben velar porque se cumplan las normas.
- Los grupos pueden sacar piezas de cualquier manera, siempre que lo hagan una a una.
- Si la torre se hunde, no pueden volver a montarla.
- Son observadores/as, no pueden asesorar al grupo en cómo extraer las piezas de la torre.

Advertir especialmente a los/as observadores/as que es perfectamente válido extraer todas las fichas desde arriba (sin seguir las pautas del juego original), realmente no es necesario "conservar" la estructura de la torre, siempre que no se caiga.

### Desarrollo

Dividir la clase en grupos y pedir que se sienten alrededor de una mesa. Se les pide que construyan la torre de fichas. Luego se explica la dinámica del juego: *"Cada grupo tenéis una torre similar, y el juego consiste en que vayáis extrayendo fichas de esa torre, una a una, para conseguir la mayor cantidad posible. Gana el grupo que más fichas extraiga de su torre sin que esta se le derrumbe. Tenéis un momento para pensar una estrategia y ensayarla si lo necesitáis. Una vez que la habéis definido y que vuestro observador/a la conoce, debéis ceñiros a ella, no podéis cambiarla. El/La observador/a está en el grupo para velar por que sigáis la estrategia acordada, que se cumplan las normas y para contar el número de fichas que sacáis. Cualquier duda o pregunta no podéis hacérmela en alto, me llamáis y acudo al grupo a resolverla".*

A continuación, se comienza la actividad, dando tiempo para que piensen la estrategia de actuación y que se resuelvan las dudas que tenga cada grupo.

Cuando todos los grupos hayan terminado de extraer las fichas, los/as observadores/as deben explicar en alto la estrategia de su grupo y el número de fichas que han extraído. También deben hacer constar si la torre se ha derrumbado.

A continuación, en gran grupo se pasa a una reflexión con preguntas como estas.

- Cuando habéis pensado la estrategia del grupo, ¿cuál era la prioridad que tenáis?, ¿habéis planteado alguna otra consideración?, ¿cuál?
- ¿Se os ha derrumbado la torre?, ¿a qué lo achacáis?
- ¿Algún grupo ha desmontado la torre desde arriba? En caso afirmativo, ¿tiene torre ese grupo?, ¿qué diferencia existe con los grupos que se las ha derrumbado?



- ¿Se puede establecer un paralelismo entre este juego con el uso y extracción de los recursos naturales de nuestro planeta? Dejar que comenten.
- Siguiendo esa analogía, ¿Qué significa que se nos haya hundido la torre? ¿Y qué significa los grupos que se han quedado sin ella al extraerla en su totalidad?

#### Actividad 10

#### Consideraciones previas

Actividad de **lectura y trabajo posterior sobre el cuento "El tesoro perdido del Titicaca"**. Este cuento sintetiza la mayor parte de los conceptos que se trabajan en los materiales de este año. Dependiendo del nivel de la clase, todos estos temas pueden ser trabajados a partir de la lectura:

- Sobreexplotación de los recursos. Sostenibilidad.
- Vivimos en la Tierra, y compartimos las reglas de la naturaleza y la suerte de nuestro planeta como el resto de los seres vivos.
- Consecuencias de las acciones humanas.
- Destrucción ambiental.
- Avisos de la Naturaleza. Ignorar los avisos.
- Migraciones.
  - Control de la inmigración.
  - Uso laboral de los inmigrantes.
  - Refugiados climáticos.
- Reglas del mercado- Monopolios Competencia
- Enriquecimiento-Empobrecimiento
- Despilfarro de alimentos

#### Desarrollo

Leer en grupo el cuento. Al finalizar la lectura, siempre que se considere necesario en la clase, iniciaremos una ronda para resolver dudas dudas asegurándonos de que han comprendido el contenido del cuento.

A continuación, reflexionar sobre el contenido.

- ¿Cuántos personajes aparecen en el cuento?
- ¿Recordáis sus nombres?
- Apuntarlos en la pizarra antes de profundizar en la historia.
- ¿Qué mueve a Pachakúteq a actuar?, ¿de qué manera lo hace?
- ¿Qué consecuencias tiene su actuación?
  - Sobre su negocio.
  - Sobre otros cuyes productores de alimentos.
  - Sobre la isla de totoras.
- ¿Qué hacen los cuyes de la isla cuando ven las consecuencias de su tarea extractiva? ¿Dónde nos refugiaremos nosotros cuando hagamos inhabitable la Tierra?
- El cuento se titula "El tesoro perdido del Titicaca"; ¿cual creéis que es ese tesoro?, ¿solamente las totoras bajo la isla?
- ¿A qué conclusión llegamos al final del cuento?
- ¿Qué es lo que más os ha gustado del cuento?, ¿por qué?

## EL TESORO PERDIDO DEL TITICACA

Me gusta mucho ir a pescar con mi abuela.

Sabe hacerlo muy bien y es muy hábil. ¡Claro, lleva haciéndolo desde niña! Cuando yo sea como ella, también seré una pescadora experta. En una buena mañana, podemos sacar, fácilmente, una cesta entera de peces. Luego vamos a vender el pescado al mercado de Copacabana, del dinero que sacamos en el mercado, la abuela siempre me da un poco. Dice que es la paga por mi trabajo ¡Y como es mío, puedo comprarme lo que quiera!

Copacabana es una ciudad a las orillas del lago Titicaca, que está situado a gran altura, en los Andes, entre Bolivia y Perú. Alrededor de sus orillas hay dos ciudades, Copacabana, en Bolivia, y Puno, en el lado peruano. En el lago hay pesca, de la que vivimos muchas personas. Pero lo más llamativo son las totoras, juncos que salen en las orillas. Con ellas se construyen muchas cosas, incluso pueden formar islas flotantes artificiales sobre las que viven personas.

Hoy se nos dio muy bien. Fue uno de esos días que parecía que había más peces de lo habitual, ¡O qué tenían muchas ganas de picar el anzuelo! Cuando ya estuvo la cesta llena, mi abuela me dijo que nos marchábamos. Yo no lo entendía.

—Si hoy se nos está dando tan bien —le dije—, ¿por qué no seguimos pescando y así venderemos más en el mercado? Tendríamos más dinero. «¡Y a mí me darías más propina!», bueno, esto no se lo dije, pero lo pensé.

—No, Phuyu —me dijo ella—, con lo que hemos cogido, tenemos suficiente para comer en casa y para vender en el mercado. No necesitamos más. Somos muchas personas las que pescamos.

—Ya, abuela, pero no va a pasar nada porque cojamos unos pocos más; solamente es un día.

—Un poco que cojamos nosotras, y otro poco de otras personas, y cuando nos queramos dar cuenta, son un montón de peces los que se sacan. Créeme, cuando yo era pequeña, había muchos más peces de los que hay ahora. El lago, como todas las cosas naturales, tiene su ritmo y sus reglas, y si nos empeñamos en romperlas, termina volviéndose contra nosotras. Te voy a contar una historia que mi madre me contaba y pienso que debes conocerla. Siéntate a mi lado, Phuyu.

“Sucedió hace muchos, muchos años, cuando los animales hablaban y todavía no habitaban personas aquí. Entonces había bastantes cuyes<sup>1</sup> que vivían a orillas del lago. Incluso una comunidad vivía en una isla de totoras cerca de la orilla. La isla era como las de ahora, compuesta de totoras que se habían ido colocando y apelmazando con los años, hasta crear un suelo profundo, pero que flota sobre el lago. Los cuyes decían que era el mejor lugar para vivir, ya que hasta ellos no llegaba ningún tipo de depredador, y la vida era tranquila.

Pero lo más importante era que las verduras que cultivaban en la isla eran mucho más ricas que las que producían en tierra firme, y las vendían fácilmente en los mercados de las orillas, por lo que los habitantes de la isla eran más ricos que otros cuyes. Eran muchos los de fuera que querían vivir en la privilegiada isla, pero sus habitantes eran muy celosos de su territorio, y no solían dejar que otros cuyes se estableciesen en ella. Es verdad que no había mucho espacio, las casas y las parcelas ocupaban prácticamente todo, pero el resto

<sup>1</sup> El cuy (**cuyes** en plural) es lo que conocemos como cobaya o conejo de Indias. Son unos roedores originarios de los Andes, muy comunes en muchos países andinos.





de los cuyes pensaban que lo del sitio era una excusa, que, en realidad, los habitantes de la isla no querían compartir su próspera forma de vida con las demás.

Pachakúteq, que en quechua significa “el que cambia el mundo”, era uno de los habitantes de la isla y como los demás, se dedicaba a cultivar verduras. Pero él era más ambicioso que otros, y siempre estaba buscando la manera de aumentar su parcela de cultivo, ya que eso haría que pudiese sacar más dinero por su producción. Pensando y pensando, un día se le ocurrió que podría sacar más espacio si excavaba y se construía la casa por debajo de la superficie. Aunque era poco el espacio que ganaba, algo aumentaría su producción. Así que una noche, para que nadie lo viese, se puso a excavar en el suelo dentro de su casa, para crear un túnel que le permitiese hacer habitaciones. Trabajó bastante, pero no estaba contento con el resultado. Costaba mucho hacer sitio para las habitaciones, además todo tan oscuro, no parecía el mejor lugar para vivir. Poco a poco se fue desilusionando, hasta que, agotado, se sentó en el suelo del túnel. Estando allí, notó un olor estupendo, y se dio cuenta de que venía de las totoras que tenía a su alrededor. Olían tan bien que probó un trozo... y resultó estar delicioso. Puede que hubiesen fermentado con la humedad y la falta de luz; el caso es que estaban más suaves, se comían mejor y su sabor era estupendo, ¡aquello era todo un descubrimiento!

Al día siguiente, cuando fue al mercado, decidió llevar un manojo de esas totoras. Su olor llamó pronto la atención y comenzaron a comprárselas. El resultado fue espectacular, las que llevó se agotaron pronto.

—¡Esta es la mía! —se dijo—, me pongo a vender esto, sin decirle a nadie de dónde lo he sacado, y en dos días, me hago el cuy más rico de toda la isla.

Al llegar a casa, lo primero que hizo fue vallar su propiedad, con un muro bien alto para que nadie pudiese ver lo que hacía. Luego se puso a excavar y sacar una nueva producción. Trabajó toda la noche para, al día siguiente, llevarla pronto al mercado. Fue un nuevo éxito. En apenas un rato lo vendió todo, por lo que se fue a casa a sacar más. Así siguió varios días, y tuvo tanto éxito, que en poco tiempo tenía más demanda de su delicioso alimento de lo que realmente podía extraer. Por ello, decidió contratar a un par de cuyes, de fuera de la isla, para que trabajasen para él; de esa manera, ninguno de sus vecinos podría copiarle la idea.

Entre los tres, la producción aumentó rápidamente, y mientras Pachakúteq iba a vender al mercado, los otros seguían excavando túneles y sacando más y más producción; tantas que, incluso, se extraían mucho más de lo que podía vender. Pero Pachakúteq no quería dejar de ganar cada vez más dinero, por lo que tuvo la idea de bajar el precio, a ver si así aumentaban las ventas y las ganancias

Pronto, muchos cuyes empezaron a compra más y en pocos meses, Pachakúteq tenía ya quince cuyes trabajando para él, por lo que tenía una gran producción y podía vender muy barato. Era tal el éxito que incluso venían cuyes de muy lejos a comprar sus alimentos al mercado. ¡Era toda una revolución!

Sin embargo, todo esto tuvo dos consecuencias:

La primera, que como eran muchos cuyes compraban tanto por lo baratos que era, aunque no les diera tiempo a comerlos, por lo que, incluso, comenzaron a tirar lo que les sobraba para comprar nuevos alimentos al día siguiente, más tiernos y sabrosos. ¡Nunca había sucedido que los cuyes tiraran alimentos!



La segunda era más problemática. Muchos cuyes, producían alimentos para vender. Pero ahora, como los productos de Pachakúteq era más jugosos y baratos, el resto de productores no vendían lo suficiente y se fueron empobreciendo.

Pero nada de esto parecía importar a Pachakúteq. Tenía ya treinta cuyes trabajando para él. Por cierto, todos vivían en su pequeña parcela, donde había instalado unas tiendas. Ahora, como los cuyes de fuera trabajaban para él, no le importaba que vivieran en la isla.

Conforme seguían excavando, los túneles y aberturas se alargaban y hubo un momento en que profundizaron tanto que algunos comenzaron a llenarse de agua. Al principio era poco, y cuando lo vieron no le dieron importancia.

El gran cambio vino cuando varios cuyes de la isla consiguieron enterarse del secreto, por lo que se pusieron a excavar por su cuenta y a sacar totoras del subsuelo. ¡Vaya competencia que se generó! El afán de enriquecerse, creó una locura para ver quién producía más y a mayor velocidad. Pronto hubo un montón de cuyes haciendo túneles por toda la isla”.

En este momento de la narración, mi abuela me miró de forma especial y luego añadió:

—Pero, como te dije al principio, las cosas naturales, querida Phuyu, por mucho que nos empeñemos, funcionan siguiendo sus propias reglas.

—De acuerdo, abuela, pero sigue contándome.

Ella movió afirmativamente la cabeza y prosiguió:

“Poco a poco, los túneles se fueron llenando de agua. Al principio sería poca, pero con tantos túneles, cada vez entró más agua y la isla en la que vivían se iba hundiendo poco a poco.

Algunos cuyes se dieron cuenta y alertaron de lo que estaba pasando, pero fueron llamados exagerados y agoreros. Estaban en su contra Pachakúteq y los otros cuyes productores. Les acusaban de no estar al día, que solo pretendían que no se consumiesen los nuevos alimentos que tanto gustaban a todo el mundo, que eran demasiado tradicionales.

El caso es que los cuyes siguieron extrayendo totoras sin preocuparse de más, hasta que un día, la isla entera empezó a hundirse a ojos vista.

Entonces vinieron los intentos de remediarlo. Aplicaron todo su saber y tecnología para evitar el hundimiento, pero ya era demasiado tarde; no se podía parar. Tuvieron que darse un buen chapuzón, aunque pudieron llegar todos a la orilla. Allí, menos mal, les acogieron los otros cuyes. ¡Al menos, estos fueron unos buenos vecinos!”

—Desde entonces, los cuyes no han vuelto a vivir en islas en el lago y ahora cavan sus casas en la tierra. Dicen que siguen buscando, en las profundidades, aquellas totoras que tanto les gustaban.

—Desde luego, abuela, Pachakúteq hizo honor a su nombre, ¡vaya la que armó! Entiendo lo que me dices. Me he empeñado en conseguir más peces, y no he pensado que debemos cuidar el lago. ¡Vamos, que me he dejado llevar por mi avaricia, como el cuy en la historia!

—Sí, a veces hacemos las cosas y no pensamos en las consecuencias que pueden tener.

—Es una buena historia, abuela, pero creo que no es una buena comparación.

—¿Por qué dices eso, Phuyu?

—¡Porque todo el mundo sabe que los humanos somos más inteligentes que los cuyes! A nosotros no se nos ocurriría nunca estropear así el lugar donde vivimos, nos daríamos cuenta y pararíamos a tiempo... ¿O no?

Mi abuela se sonrió.

—Veo Phuyu que todavía te queda mucho que aprender.

